

Domingo XIX del Tiempo Ordinario /B

El que cree, tiene vida eterna. Jn 6, 41-51

En aquel tiempo, los judíos criticaban a Jesús porque había dicho: «Yo soy el pan bajado del cielo», y decían:

- «¿No es éste Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?»

Jesús tomó la palabra y les dijo:

- «No critiquéis. Nadie puede venir a mí, si no lo trae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré el último día.

Está escrito en los profetas: 'Serán todos discípulos de Dios'.

Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende viene a mí.

No es que nadie haya visto al Padre, a no ser el que procede de Dios: ése ha visto al Padre.

Os lo aseguro: el que cree tiene vida eterna.

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron: éste es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera.

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre.

Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo».

Saber vivir. Aprender de Dios

SABER VIVIR

Cuántas veces lo hemos escuchado: «*Lo que verdaderamente importa es saber vivir*». Y, sin embargo, no nos resulta nada fácil explicar qué es en verdad «*saber vivir*».

Con frecuencia, nuestra vida es demasiado rutinaria y monótona. De color gris. Pero hay momentos en que nuestra existencia se vuelve feliz, se transfigura, aunque sea de manera fugaz.

Momentos en los que el amor, la ternura, la convivencia, la solidaridad, el trabajo creador o la fiesta, adquieren una intensidad diferente. Nos sentimos vivir. Desde el fondo de nuestro ser, nos decimos a nosotros mismos: «*esto es vida*».

El evangelio de hoy nos recuerda unas palabras de Jesús que nos pueden dejar un tanto desconcertados: «*Os lo aseguro: el que cree tiene vida eterna*».

La expresión «*vida eterna*» no significa simplemente una vida de duración ilimitada, incluso, después de la muerte.

Se trata, antes que nada, de una vida de profundidad y calidad nueva, una vida que pertenece al mundo definitivo. Una vida que no puede ser destruida por un bacilo ni quedar truncada en el cruce de cualquier carretera.

Una vida plena, que va más allá de nosotros mismos, porque es ya una participación en la vida misma de Dios.

La tarea más apasionante que tenemos todos ante nosotros es la de ver cómo ser humanos hoy. Cómo crecer como hombres. Los cristianos creemos que la manera más auténtica de

vivir como hombres es la que nace de una adhesión total a Jesucristo. *«Ser cristiano significa ser hombre, no un tipo de hombre, sino el hombre que Cristo crea en nosotros»*

Quizás tengamos que empezar por creer que nuestra vida puede ser más plena y profunda, más libre y gozosa. Quizás tengamos que atrevernos a vivir el amor con más radicalidad, para descubrir un poco qué es *«tener vida abundante»*. Al fin y al cabo, como dice S. Juan: *«Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, cuando amamos a nuestros hermanos»*.

Pero no se trata de amar porque nos han dicho que amemos, sino porque nos sentimos radicalmente amados. Y porque creemos cada vez con más firmeza que *«nuestra vida está oculta con Cristo en Dios»*.

Ciertamente, hay una vida, una plenitud, un dinamismo, una libertad, una ternura, que *«el mundo no puede dar»*. Sólo lo descubre quien acierta a enraizar su vida en Jesucristo.

APRENDER DE DIOS

En un episodio referido sólo por el cuarto evangelista, Jesús se defiende de las críticas que se le hacen con estas palabras: *«Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende, viene a mí»*, y cita una frase que se puede leer en el libro de Isaías: *«Serán todos discípulos de Dios»*.

La idea de *«aprender de Dios»* y ser como es él estaba muy enraizada en Israel. De hecho, esta exigencia radical estaba formulada en el viejo libro del Levítico con estas palabras: *«Sed santos como yo, el Señor vuestro Dios, soy Santo»* (Lev. 19,2).

Los judíos entendían esta santidad como una *«separación de lo impuro»*. Esta manera de entender la *«imitación de Dios»* generó en Israel una sociedad discriminatoria y excluyente donde se honraba a los puros y se menospreciaba a los impuros y pecadores, se valoraba a los varones y se sospechaba de la pureza de las mujeres, se convivía con los sanos pero se huía de los leprosos.

En medio de esta sociedad, Jesús introduce una alternativa revolucionaria: *«Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo»* (Lc 6, 36). El primer rasgo de Dios es la compasión, no la santidad. Quien quiera ser como es Dios no tiene que vivir *«separándose»* de los impuros, sino amando a todos con amor compasivo.

Por eso, Jesús inició un estilo de vida nuevo, inspirado sólo en el amor. Tocaba a los leprosos, acogía a los pecadores, comía con publicanos y prostitutas. Su mesa estaba abierta a todos. Nadie quedaba excluido porque nadie está excluido del corazón compasivo de Dios.

No basta ser muy religioso sino ver a qué nos conduce la religión. No basta creer en Dios sino saber en qué Dios creemos. El Dios compasivo en el que creyó Jesús no conduce nunca a actitudes excluyentes de desprecio, intolerancia o rechazo, sino que atrae hacia una vida de acogida y hospitalidad, de respeto y de perdón. No nos hemos de engañar. De Dios no se aprende a vivir de cualquier manera. Él sólo enseña a amar.

ATRACCIÓN POR JESÚS

El evangelista Juan repite una y otra vez expresiones e imágenes de gran fuerza para grabar bien en las comunidades cristianas que han de acercarse a Jesús para descubrir en él una fuente de vida nueva. Un principio vital que no es comparable con nada que hayan podido conocer con anterioridad.

Jesús es «pan bajado del cielo». No ha de ser confundido con cualquier fuente de vida. En Jesucristo podemos alimentarnos de una fuerza, una luz, una esperanza, un aliento vital... que vienen del misterio mismo de Dios, el Creador de la vida. Jesús es «*el pan de la vida*».

Por eso, precisamente, no es posible encontrarse con él de cualquier manera. Hemos de ir a lo más hondo de nosotros mismos, abrirnos a Dios y «*escuchar lo que nos dice el Padre*». Nadie puede sentir verdadera atracción por Jesús, «*si no lo atrae el Padre que lo ha enviado*».

Lo más atractivo de Jesús es su capacidad de dar vida. El que cree en Jesucristo y sabe entrar en contacto con él, conoce una vida diferente, de calidad nueva, una vida que, de alguna manera, pertenece ya al mundo de Dios. Juan se atreve a decir que «*el que coma de este pan, vivirá para siempre*».

Si, en nuestras comunidades cristianas, no nos alimentamos del contacto con Jesús, seguiremos ignorando lo más esencial y decisivo del cristianismo. Por eso, nada hay pastoralmente más urgente que cuidar bien nuestra relación con Jesús el Cristo.

Si, en la Iglesia, no nos sentimos atraídos por ese Dios encarnado en un hombre tan humano, cercano y cordial, nadie nos sacará del estado de mediocridad en que vivimos sumidos de ordinario. Nadie nos estimulará para ir más lejos que lo establecido por nuestras instituciones. Nadie nos alentará para ir más adelante que lo que nos marcan nuestras tradiciones.

Si Jesús no nos alimenta con su Espíritu de creatividad, seguiremos atrapados en el pasado, viviendo nuestra religión desde formas, concepciones y sensibilidades nacidas y desarrolladas en otras épocas y para otros tiempos que no son los nuestros. Pero, entonces, Jesús no podrá contar con nuestra cooperación para engendrar y alimentar la fe en el corazón de los hombres y mujeres de hoy.

Joan 6,41-51

Orduan, marmarka hasi ziren entzuleak, “Neu naiz zerutik jaitsiriko ogia” esan zuelako, eta zioten: Ez da, bada, hau Jesus, Joseren semea? Ez ditugu, bada, eza-gunak honen aitamak? Nola dio, orain, zerutik jaitsia dela?

Jesusek ihardetsi zien: Ez ari marmarka zeuen artean. Ezin da inor niregana hurbildu, bidali nauen Aitak erakartzen ez badu; eta neuk piztuko dut azken eguean. Honela esaten da profeten liburuan: Jainkoaren ikasle izango dira denak. Aitari entzun eta hark irakatsia bereganatzen duena niregana hurbiltzen da. Horrek ez du esan nahi inork Aita ikusi duenik; Jainkoarengandik etorri denak bakarrik ikusi du Aita.

“Bene-benetan diotsuet: Sinesten duenak betiko bizia du. Neu naiz bizia ematen duen ogia. Zuen gurasoek mana jan zuten basamortuan eta, halere, hil egin ziren. Bestelakoa da zerutik jaisten den ogia: beronetatik jaten duena ez da hilko. Neu naiz zerutik jaitsia den ogi bizia; ogi honetatik jaten duenak betiko bizia izango du. Eta nik emanen dudana ogia nire gorputza da, mundua bizi dadin emana”.

JESUS ERAKARGARRI

Joan ebanjelariak behin eta berriz errepikatzen ditu indar handia duten esapideak eta irudiak, kristau-elkartei buruan sartzeko, ezen Jesusengana hurbildu beharra dutela, hura bizi berriaren iturri dela aurkitu nahi badute. Bizi-arnasa da Jesus, lehenago ezagutu izan duten ezerekin konpara ez daitekeen modukoa.

«*Zerutik jaitsi den ogia*» da Jesus. Ez da beste inolako bizi-iturriarekin nahastekoa. Jesu Kristogan, janaritzat, indarra, argia, esperantza, bizi-hatsa... aurki genitzake, Jainkoaren beraren, biziaren Kreatzailearen beraren, misterioari darienak. «*Biziaren ogia*» da Jesus.

Horregatik, hain juxtu, ezin topo egin dugu harekin edozein eratan. Geure izatearen hondoraino jo beharra dugu, geure burua Jainkoari ireki beharra eta «*Aitak zer dioskun entzun beharra*». Ezin senti dezake inork Jesusen erakargarritasuna, «*hura bidali duen Aitak erakartzen ez badu*».

Jesusen baitan gehienik erakartzen duena, bizia ematen duen ahala da. Jesu Kristogan sinetsi eta harekin harremanetan hasteko gai denak: bizi desberdina ezagutzen du hala-koak, nolakotasun berrikoa, hein batean dagoenako Jainkoaren mundukoa den bizia. Hau esatera ausartu da Joan: «*ogi honetatik jango duena betiko biziko da*».

Geure kristau-elkarteetan, Jesusekiko harremanez elikatzen ez bagara, kristautasunak duen gauzarik funtsezkoena eta erabakitzaileena ezagutu gabe jarraituko dugu. Hargatik, pastoralki ez da gauza premia-koagorik Jesu Kristorekiko geure harremanak zaintzea baino.

Baldin eta, Elizan, hain gizatarra, hain hurbila eta bihozkoia den gizon horrengan haragitu den Jainkoaren erakargarritasuna sentitzen ez badugu, inork ez gaitu libratuko, eskuarki gertatzen zaigun bezala, erdipurdi bizitzetik. Inork ez digu eragingo geure erakundeek arautua dutena baino harago joatera. Inork ez digu bizi-izerdiz blaituko, geure tradizioek zedarritu digutena baino aurrerago joan ahal izateko.

Bere Espirituaren sorgarritasunaz Jesusek janaritzen ez bagaitu, iraganari loturik jarraituko dugu; geureak ez diren beste aro batzuetan eta beste aro batzuetarako jaioak eta garatuak diren moldeetan, ikusmoldeetan eta sentieran hesiturik «biziko» dugu geure erlijioa. Baina, orduan, ezin izango gara Jesusen lankide gaur egungo gizon-emakumeen bihotzean fedea piztu eta janaritzeko.

Jose Antonio Pagola